

Heinrich Böll y Edna O'Brien, literatos y críticos sociales

Es fácil acercarse a un país y criticar o alabar hábitos y costumbres instalados cómodamente en una posición neutral desde la cual otear, comparar, sacar conclusiones y hacer, en definitiva, todo lo que el viajero más o menos leído, con más o menos sentido común, suele hacer. Un poco más difícil, sin embargo, es hacer lo propio del viajero y, además, acabar queriendo a esa tierra que nuestros ojos devoran y en la que ven fisuras, cosas dignas de alabanza y otras detestables. Pero no acaba aquí la progresión. Si damos un paso adelante, llegaremos a descubrir una labor que queda restringida a muy pocos: convertir ese amor en literatura. Para que esto último ocurra se necesitan, al menos, dos requisitos: que exista ese escritor capaz de asombrarse ante cada recodo del camino y una tierra lo suficientemente misteriosa, distinta y única, como para producir ese asombro y esa crítica. Sin esa simbiosis no podría existir nunca la obra literaria que tuviera a un país por protagonista o, si existiera, pecaría de tremendamente aburrida, bien por carecer de la energía narrativa que sólo un autor conmovido por un espectáculo fascinante puede dar, o bien por describir una tierra que no difiere sustancialmente de la que nosotros pisamos.

Irlanda ha sido en varias ocasiones marco de esa labor literaria de la que hablamos. Ha ejercido, en multitud de oca-

siones, una tremenda fascinación en el viajero literario. No sorprenderá a nadie, por tanto, que digamos que gran parte de la literatura referida a esta tierra ha sido hecha por extranjeros conmovidos por una forma de vivir, unas gentes y un paisaje que muchos catalogan de únicos:

«People fall in love with Ireland. They go there and are smitten, see the white cottages nestling so to speak beneath the hills, the ranges of brooding blue mountains, the haze above them, the fuchsia hedges in Kerry, the barking dogs, the chalky limestone steppes of West Clare, a phenomenon so unyielding it is as if Wuthering Heights were transmitted from paper to landscape. The visitors talk and are talked at, they fish, they fowl, they eat brown bread, dip into holy wells, kiss wishing stones, are bowled over but have no desire to stay. There must be something secretly catastrophic about a country from which so many people go, escape, and that something alongside the economic exigencies that sent over a million people in coffin ships when a blight hit the potato crops in 1847 and has been sending them in considerable numbers ever since»¹.

No cabe duda, pues, de que esa fascinación ha existido y existe. En eso todo el mundo parece estar de acuerdo. Al menos, ese «enamorar» de la tierra ha sido algo común a muchos escritores, personas que han encontrado en esa isla del Atlántico una fuente de inspiración que no habían imaginado pudiera existir. Piénsese en hombres como Spenser, Thackeray, Swift, Engels, por citar unos pocos. A primera vista el hecho puede sorprender al lector. Al fin y al cabo no es muy frecuente que alguien, al que se supone curtido en viajes, gentes y paisajes, quede tan asombrado como para elevar a un país a categoría de personaje en una de sus obras. Pero la sorpresa, el encanto que la tierra produce, está ahí. Por supuesto que cada autor se fija en unos tópicos determinados y que el resultado, la obra literaria en definitiva, difiere de unos a otros. En la variedad, sin embargo, hay un tema o temas base; hechos, experiencias, vivencias que una y otra vez se ven trasladadas al papel:

(1) O'Brien, Edna: *Mother Ireland*. Penguin Books. 1984. Pg. 19.

«Foreigners contributed an enormous amount because what had been happening in Ireland for centuries was that it had been invaded by people who fell in love with it, and it had therefore become an inspiration in literature -its landscape in particular, and of course the Irish people. So that you have the odd situation of the enemy moving in and becoming, in the well-worn phrase, 'more Irish than the Irish', and nowhere is this more apparent, in fact, than in literature. There was something about both the appearance of the country and the people who occupied it that fascinated outsiders. They could hardly wait to write it down»².

Nuestra búsqueda de los temas que se repiten en la literatura referida a Irlanda nos ha llevado a escoger, de entre ese número de viajeros literatos, a uno en particular. Nuestra elección se ha hecho no porque en él quede ejemplificada la labor de muchos, sino, precisamente, por todo lo contrario, por mantener una línea de acercamiento a la realidad de la que la inmensa mayoría carecen: la del que busca llenar la mente de sensaciones y experiencias a partir de una postura personal libre de prejuicios, es decir, tratando de construir un todo a partir de la nada, ejercitando el arte de escribir lenta pero progresivamente a medida que el cúmulo de vivencias llena el vacío que voluntariamente el autor ha hecho en su mente. Este autor no es otro que Heinrich Böll, premio Nobel de Literatura en 1972.

La visión de Irlanda, sin embargo, quedaría incompleta si a esa mirada desde el exterior no uniéramos la de alguien que examina la realidad cotidiana «desde dentro», la del autor nacido en ella, moldeado por esas vivencias y sensaciones de las que se dispone a hablar. Esta segunda forma de acercarse a la realidad está patente en nuestro trabajo a través de la obra literaria de Edna O'Brien. Más concretamente a través de su *Mother Ireland*.

Ambos autores parten, pues, del examen de una misma realidad, aunque difieran, sin embargo, en la postura que

(2) Trevor Williams: A writer's Ireland". Rev. Ireland of the Welcomes. Dublín, 1984.

adoptan ante el tema. Donde uno, como ya dijimos, busca llenar la mente poco a poco, dejándose llevar por lo que hoy ve en cada momento, el otro, Edna O'Brien ansía liberarse de una carga que el paso de los años ha hecho insufrible:

«But I had got away. That was my victory. The real quarrel with Ireland began to burgeon in me then»³.

Entre ambos caminos una frase que les une, pero a cuyo dictamen ninguno de los dos puede someterse: «Cast a could eye on life. Horseman, pass by»⁴.

Irlanda, a los ojos de los dos escritores, hace detener los pasos, obliga a examinar y en el caso del que se aleja, como la autora irlandesa, a mirar atrás:

«Pity arose, too, pity for a land so often demuded, pity for a people reluctant to admit that there is anything wrong. That is why we leave»⁵.

Las respuestas de ambos escritores al tratar de responder al porqué de su obra se complementan. En Edna O'Brien, el examen de su país, la mirada atrás en busca de respuestas, proviene, como vemos por sus palabras, de un sentimiento de compasión ante los que quedan y que no tienen el valor para huir de la mediocridad; compasión hacia los que temiendo no ser nada necesitan hacer ver que lo son todo, o, al menos, que lo tienen todo. Pero compasión mezclada, a su vez, con crispación interior y orgullo, la eterna lucha de la libertad de miras contra la ofuscación y la ignorancia. Postura que, en otra mente curtida en la misma clase de lucha, encuentra total comprensión: «For someone who is Irish and a writer, there is probably much to provoke him in this country»⁶. Böll siente igualmente, al final de su recorrido, una crispación interior similar, que él reduce a una única causa:

(3) O'Brien, Edna. Op. cit. pg. 87.

(4) Epitafio de la tumba de W. B. Yeats.

(5) O'Brien, Edna. Op. cit. Pg. 87.

(6) Böll, Heinrich: An Irish Journal. Londres, 1980.

«I am not Irish and have sufficient grounds for provocation in the country about which and in whose language I write; in fact, the Catholic provocation in the country whose language I write is enough for me»⁷.

Han bastado, pues, muy pocas palabras para que nos demos cuenta de la existencia de algo que es común a ambos escritores: la labor de escribir responde a una provocación. En Böll es la provocación ejercida por la Iglesia católica. En Edna O'Brien, la provocación ejercida por la carencia de horizontes de sus compatriotas. Las dos razones no son nuevas para el versado en cultura irlandesa. Recuérdese a Joyce y sus «caricaturas» en *Dubliners* o el teatro de O'Casey, por poner dos ejemplos que creemos claros. La religión, ahondando ya en las dos obras que nos conciernen, cobra una relevancia especial en ambas. Sin embargo, donde en uno, Böll, parece, en principio, ser el único tema capaz de originar una respuesta, en Edna O'Brien viene unido a otros:

«fear of church, fear of gombeenism, fear of phantoms, fear of ridicule, fear of hunger, fear of annihilation, and fear of their own deeply ingrained aggression that can only strike at those who are higher»⁸.

El tema es común a ambos. El tratamiento, sin embargo, difiere. En el autor alemán tenemos al escritor que trata de captar la reacción de protesta en sus personajes, que deja a estos, seres de carne y hueso no lo olvidemos, gritar en un intento por cerrar la boca de quien durante siglos ha dicho todo por los demás:

«No Father, no, no... it hurts too much to think of Ireland. Once a year I have to go there to visit my parents, and my grandmother is still alive. Do you know County Galway?

'No' murmured the priest.

'Connemara?

'No'

(7) Böll, Heinrich: Op. cit.

(8) O'Brien, Edna: Op. cit. Pg. 87.

'You should go there, and don't forget on your way back in the port of Dublin to notice what's exported from Ireland: children and priests, nuns and biscuits, whisky and horses, beer and dogs»⁹.

La protesta se eleva progresivamente de tono. Es la voz de alguien que, como Edna O'Brien ha tenido que salir del país y que contempla una realidad que, desde dentro, no siempre se ve. La voz de alguien a quien, para bien o para mal, la influencia del exterior, de Londres en este caso, hace perder ese mismo miedo que la autora irlandesa eleva a categoría de personaje en su obra. Böll, consciente de la existencia de ese temor, permite la presencia del grito en contra:

«I don't believe in God' said the light clear voice, 'no I don't believe in God-so, why shouldn't I mention priests and whiskey, nuns and biscuits, in the same breath? I don't believe in Kathleen ni Houlihan either, that fairy-tale Ireland. I was a waitress in London for two years: I've seen how may loose women...

'My child' said the priest in a low voice.

'... how many women Kathleen ni Houlihan has sent to London, the isle of the saints»¹⁰.

El tratamiento del mismo tema por parte de la autora irlandesa corre por derroteros distintos. Sin embargo, su visión de la famosa religiosidad irlandesa nos sirve magníficamente para completar lo expuesto por Böll. Es ella, al menos, quien explica no el efecto sino la causa. No entra a dar testimonio de la violencia verbal, del grito en contra, sino que se remite a explicar la génesis de la misma. Con ella entramos a contemplar el servilismo que engendra el miedo, la sumisión dictada por símbolos capaces de ejercer un poder avasallador en la mente de quien cree no tener recursos para enfrentarse al duro mañana que un triste presente depara:

«How we fussed over him, wheeling the tea trolley to the edge of the step, getting a second cushion for his back, asking if he liked milk

(9) Böll, Heinrich: Op. cit. Pg. 4.

(10) Böll, Heinrich: Op. cit. Pg. 4.

first, calling him 'Father, Father' and later plying him with fruit cake, marble cake and a slice of cold lemon meringue pie»¹¹.

Que la Iglesia católica juega un papel importante en la Irlanda moderna es un hecho palpable, patente tanto en las obras de los autores aquí estudiados como en otros ya mencionados. Este papel sobresaliente cobra mayor realce, si cabe, si tenemos en cuenta que, según autores como Sean O'Faolain, es relativamente joven:

«In all of these matters (contraception, mixed marriages and divorce) the priest can exercise a powerful influence in the political arena. Until that power came his way he was not the prominent figure in Irish life that he became in the nineteenth century and still is»¹².

Creemos, sin embargo, que es más necesario y útil averiguar el porqué de ese protagonismo de la Iglesia que describir el hecho en sí. Al menos los dos autores parecen tener esa labor por meta. La búsqueda de algo básico en el alma irlandesa que permita o haga necesario ese papel estelar no ya sólo de la religión, sino incluso de la bebida o del cine, es una constante en ambos. Las respuestas a las que llegan coinciden de una forma asombrosa. Coinciden, para empezar, en algo que ya debiéramos haber sacado en conclusión tras ver las citas anteriores: la inseguridad. Inseguridad que se manifiesta en mil facetas de la vida cotidiana y que no es equiparable al miedo en sí, del que hablaba Edna O'Brien, sino la antesala del mismo. Inseguridad que, entre otras cosas, fuerza a buscar en el viajero la respuesta que dé no sólo aliento sino, también, que justifique un modo de vida, que haga a ésta tener un sentido:

«Tell me quite honestly whether you think we're a happy people. 'I think', I said, 'that you are happier than you know. And if you knew how happy you are you would find a reason for being unhappy, but you also have the poetry of unhappiness»¹³.

(11) O'Brien, Edna: Op. cit. Pg. 53.

(12) O'faolain, Sean: *The Irish*. Pelican Books. Pg. 104.

(13) Böll, Heinrich: Op. cit. Pg. 37.

La respuesta de Böll es, cuando menos, chocante. En un claro «después de toda esta vida no está tan mal» parece querer justificar la poesía de tono triste como el resultado de una mente colectiva dada a la melancolía; el fruto de un pueblo que si no tuviera motivos para llorar los buscaría donde fuera. Naturalmente este tipo de respuesta obliga a Edna O'Brien a explayarse, a dejar claramente sentado que el motivo para llorar no es fingido sino real. Un motivo lo suficientemente fuerte como para obligar a levantar raíces y huir hacia lo desconocido:

«Leaving Ireland was no wrench at all. I took the mail boat, like most others, sat up all night, watched the drinking, the spilling, walked the deck, remembered how Mr. Thackeray and Mr. Heinrich Böll had come in by boat to write leisurely about it, remembered the myriad others, natives, who had gone out to forget»¹⁴..

Sería injusto, sin embargo, tachar la postura de Böll de simplista. Sus reflexiones, al igual que las del que huye, tienen siempre a explicar el nacimiento de esa inseguridad, citada con anterioridad, y sus manifestaciones. La bebida, el amor al cine o, mejor dicho, el efecto de olvido sobre lo cotidiano que el cine ejerce, las diferentes formas de huir, en definitiva, cobran una relevancia especial en su obra. No es mera coincidencia, por tanto, que todas estas manifestaciones, unidas a fenómenos tan trágicos como la emigración, sean temas comunes a ambos autores. En la escritora irlandesa la presentación de los mismos es de una claridad apabullante; la búsqueda del ejemplo claro, nítido y convincente, una constante:

«At any rate drink was the national sport and men were always stumbling through doorway or relieving themselves against a wall or inside the pub singing and calling for more. At Mass when the priest drank the wine in the white gold chalice the lads used to be holding their swallows and wishing Mass was over so that they could repair to the public»¹⁵.

(14) O'Brien, Edna: Op. cit. Pg. 87.

(15) O'Brien, Edna: Op. cit. Pg. 65.

En Böll es el paisaje el que, en ocasiones, viene a decir lo mismo; son las cosas las que, por sí solas, describen una realidad decadente, dominada por la muerte. El aforismo, «the cemeteries are full of people the world could not do without», cobra, por tanto, significado; la muerte tiene un tremendo protagonismo en esa realidad:

«No one could tell us exactly when and why the village had been abandoned; there are so many deserted houses in Ireland, you can count them on any two-hour walk: that one was abandoned ten years ago, and there are houses in which the nails fastening the boards to windows and doors have not yet rusted through, rain and wind cannot yet penetrate»¹⁶.

La realidad de Irlanda es, pues, una realidad bañada en tonos fríos. La inseguridad que las condiciones geográficas, históricas y sociales han creado a lo largo de los siglos, ha traído consigo unos resultados que quedan patentes en casi todo el hacer literario irlandés: la necesidad de ideales, de algo en lo que creer, y unas vías de escape para quienes esos ideales resultan meras burlas. No es coincidencia, por tanto, que el fanatismo religioso o la mitología de corte popular hayan adquirido proporciones gigantescas en comparación con otros países europeos. Y no es mera coincidencia, tampoco, que esos dos factores hayan originado, a su vez, consecuencias trágicas, entre ellas la más importante la de la emigración. En un país enfrentado tradicionalmente a Inglaterra, esta última se convierte en meta para muchos que han visto desaparecer los horizontes en la tierra que les vio nacer. En un país donde la defensa de la tierra lo fue todo durante siglos, este mismo terruño se ha convertido en una carga que pocos quieren llevar a cuestas. Con todo, Irlanda sigue ejerciendo un hechizo tanto en los extranjeros como en los nacidos en ella y que más tarde la abandonan. La lejanía modifica la realidad que se deja atrás, haciendo olvidar lo peor y recor-

(16) Böll, Heinrich: Op. cit. Pg. 35.

dar lo mejor. Es un círculo vicioso del que las baladas populares dan testimonio:

«And when I'm bidding my last farewell,
the tears like rain will blind.
To think of my friends in my own native land,
and the home I'm leaving behind.
But if I'm to die in a foreign land,
and be buried so far away,
no fond mother's tears will be shed o'er my grave
on the shores of Amerikay»¹⁷.

La distancia, la vida en un país al que no se pertenece, troca la realidad amarga que se conoció en el terruño en algo con connotaciones bellas. Sin embargo, en la balanza, la realidad conocida en casa pesa más. El que huye debe coincidir con Böll cuando éste pronuncia palabras como éstas:

«Oh, Kathleen ni Houlihan, what have you done to your children!
Farms for sale: nine; wanted: none. young men who feel a vocation for
monastery life -young girls who feel a vocation for convent life... Eng-
lish hospitals looking for nurses. Favorable terms, vacation with pay,
and once a year a free trip home»¹⁸.

Aún así la herencia histórica camina al lado del que se aleja. Cada irlandés lleva dentro siglos donde lo expuesto aquí se ha ido cimentando y formando una base sólida. Quizás, después de todo, el marchar sea sencillamente una forma de evitar un mal peor, el olvido: «I live out of Ireland because something in me warns me that I might stop if I lived there, that I might cease to feel what it has meant to have such a heritage»¹⁹.

JUAN E. TAZÓN SALCES

(17) Canción: "The shores of Amerikay". Siglo XIX.

(18) Böll, Heinrich: Op. cit. Pg. 71.

(19) O'Brien, Edna. Op. cit. Pg. 89.